

Destierros

El hombre olvida que es un muerto
que conversa con otros muertos...

J. L. Borges

Bhopal

I

Porque no quedan horas diferentes
regresaré mañana, cuando haya descansado
de este viaje de gas
de la luz delirante que enloquece a las nubes
de este fango, más aliento que polvo
de estos ojos más grandes que los cuerpos.

Porque no quedan horas diferentes
lo encontraré, de nuevo, acurrucado
frente a su choza que silba ya abatida
por un viento delgado, todavía más fértil
que los huesos de mimbre
del ingenio de olvidos
de esta ciudad callada.

Y junto a él encogido junto a él un niño
que no habla porque él no le escucha
no se mueve porque no puede verle;
porque la piel que aguarda
no acierta a comprender el roce delicado
cuando las horas persisten invariables.

Volví. Hube de recorrer durante varios días
el lugar, me perdí entre los barrios omitidos.

No es fácil la tarea de escoger.
No toda la miseria es igual.

II

Fue una locura. Visité cientos, miles de miradas;
deseaba encontrar la de los ojos quemados, luz y ceniza
que no me averiguara
vencido por un fraude, una cámara amiga, veneno entre las manos.

¿Se me habrá muerto ya esta imagen única, regalo de los pobres?

Mi ayudante resoplaba hostigado por las moscas febriles.
Yo estiraba nervioso de su corbata
impecablemente salpicada.

Y lo hallé, porque allí
ni las horas se suceden distintas
ni las nubes importunan apenas
cuando son sólo gas
que ha tomado la forma
de una arquitectura tolerante y etérea.

Me detuve a unos metros, preparé el objetivo
limitándolo.

Parecía esperarme
con el niño a su lado, con los brazos plegados
con la frente arrasada por un fuego de piedras
en los ojos abiertos
y en ellos vi a un hombre repartido
con su aparato anclado en los pómulos
que movía los pies, muy poco, milímetros
indeciso, incierto, pero apuntando.

Un hombre y tras él
otro que obsequia a los muchachos

con páginas de un viejo periódico
cuya tinta se estaba deslizando hacia el barro oxidado.

Un hombre que comprueba que la muerte no es eso:
la muerte es menos.

Y se oyó un estrépito, lágrimas de hierro,
impacto de metales, cristal sobre la tierra.

El desvío

el goce tranquilizador de compadecer

G. T. de Lampedusa

Me maldije una vez. No hubo consuelo.
No hubo insulto capaz
de quebrarme el alivio
que prosigue al rubor.
El rubor atónito, el rumbo de otra nube:
no más que indecisión cuando
era débil aún la firmeza
de lluvias homicidas y burlonas
sobre la siembra fría.

Yo quise avergonzarme como un dios para morir rosada.

Me maldije: un esfuerzo de flores
me atravesó en los recintos, en los paisajes;
lo vi pasearme bajo el muslo de entonces
recorrerme curioso las arterias dormidas
marchitar la estructura, detenerme la voz.

Contagió su belleza mi descuido
que olvidé junto a un puzzle, gotas imposibles:
lo suavizó en alientos. Y me extravió la ruta
hacia el reptil que fui, jamás serpiente.

Cabeza de lagarto quise ser
para mirar distinto.

O lengua de dragón entre ramas de un mineral tostado, grietas
sin precipicio, pliegues en una piel
que se alzara hasta el barro de todos.

En la noche de flora, la fauna acribillada
a no ser que yo fuese la especie protegida.

Me maldije de nuevo: pude balbucear
el estigma que nadie me escribió
sobre el lago del fraude en que remaba
mi vértebra asesina.

Sin moverme, sin ayuda de brazos
seguía remándome. Parecía lejana
pero ya regresaba, sin moverse de entonces,
hacia la orilla de las buganvillas.
Desperdiándose, desmembrándome
como un estertor que buscó en mi torpeza
su descanso.

Me hubiera liberado de la culpa
porque ya conocía mi calmante en su garra
la espina desnudada por las curvas de mis antepasados.

Pero quise morir rosada:
en las pestañas de un día irresistible apaciguarme,
de los agravios de la ciencia recubrirme,
sentarme con el hambre, aplaudirle su avance,
detestar la inocencia, golpear con mi risa
el inútil oxígeno del reo.

Y robar la vergüenza de las rosas.

El anónimo

Fue en un combate.

Cerca del sol, la ternura del tiempo, anciana ya,
con las fuerzas de un viento embaucador

lo mantenía:
sobre la esquina, delicado
bajo la esquina, su vena más alzada.
Crucificado allí; con la cal, indistinto.

Puedo jurarlo. Sé que ocurrió entre escombros,
no sé si de mi voz o de ráfagas rojas.

La puerta estaba abierta,
enlutecida por el tedio de un cimiento incansable.
Vi dos armas huérfanas en cada mano antigua.
Entre los brazos de la madre-grieta
pronunciaban Sicilia la madera y la calma.

Donde hubo ropa limpia, vencedora
entre destellos de alpaca y pan.
Olia como en sueños
porque ese aroma aquí se desconoce.

La ironía de las plantas, tu jardín
de brisas, el agua, hija del privilegio
y de la alerta. Los sirvientes más tristes:
dentro de la vida.

Tu madre, en el regazo de su mismo vientre,
tan encogida, donde vi las armas,
te despedía muchos años antes de tu muerte.

Él, una sombra diminuta cuando cruzó el umbral,
recuerdo de la luz.

Un agujero sobre el cielo, sobre sus botas
bien lustradas de niños imprecisos
y sangres cenicientas.

Quise huir,
con la certeza del error entre los dientes
como lobos que escaparan de la noche
como las aves rotas
que baten los desechos

conscientes de que el vuelo
es el mejor amigo: el vencido, el ausente.

S. C. S.

daba tristeza verla divertirse
L. A., Clarín

No bastaba la guerra.
Y ofreciste tu brazo de alcanfor
a los logros: por él se deslizaron
como alimañas nerviosas y espantadas
cuando apuntaste el pulso hacia las luces.

Venías del decoro del escote pagano:
de tus faldas,
otras piernas en busca de más cómodo vendaje, iban.
En el cruce, todavía obcecada,
pretendías bálsamo
con el rancio ejercicio de tus pestañas, una.

No tienes suerte,
no tuviste a la suerte en tu regazo
bañado por los usos.
Me pareces obstinadamente imperceptible, de tan sola, de tan poco
qué tienes que ofrecernos ahora
que no basta el mérito
si no es como deber.

Mansos encubridores bostezan con premura.
Qué lento es por aquí el desconcierto,
qué jactancia más tuya, nuestra y expectante,
qué sencilla la antigua peripecia:
No, jamás la relataste en todo su esplendor
pero puedo esperar.

No bastaba la vida.
Y ofreciste tu piel para el manto de abrazos

a los jóvenes nuevos, tintineo de amores extinguidos
qué rencor.

Haz el giro distinto, llevas
la indumentaria que requiere
este encuentro de años, este engaño de ritmos
aún distingues.

También en ti
apenas quedan horas diferentes.
Y estás tú:
está el crujido más tierno
construyendo sus nidos en tus noches.

Qué mejor insaciable mejor complicidad
que la nostalgia de lo no conocido.

Pero te niegas a escuchar
sólo puedes atender
la trayectoria de tus medias fieles,
tú que quieres hilar entre emboscadas.

Aunque sepas
que el azar se resiste a los nombres,
no te bastas.

Somos tierra de todos

Ocupamos la franja más amable de tu abdomen,
de curvatura débil; en tu espacio
dejamos proyectiles y cartas sin destino
cargamento de azules ribereños
y adolescencias.

Fuimos inquebrantables al erigir en ti nuestro reposo,
quisimos aprender de tu quietud la furia:
la cobardía nuestra de ser más precavidos.
Teóricos en lanzas, risueñas puntas de dolor
tragamos con astucia tus astillas.

No hay emblema que ausente nuestra voz
no hay grito oculto, no quedan
gasas, ni soplo, ni caminos, ni sed
detrás de nuestro trazo. Frente a nosotros
hay un poco de horizonte, aún delirio,
una pieza culpable, aquella recompensa:
nuestra carne en tus arcas.

Sí, somos legiones, entonamos metales.

Nuestra vanguardia se fija en tu cerco aliente:
no hay nada más allá de tu cintura,
no existe otra intención que el riesgo de tus miembros,
su desarrollo.

La conmoción del traidor
que cae sobre tu piel
cuando el alba lo exige.

Parecemos verdugos pero somos su intento.
Víctimas de tu vientre,
segmentos de la tierra que todos habitamos.

Somos tú.

Supervivientes (Viviendo siempre por debajo)

I

Quiero que cuando estés sobre mí
sepas dónde está la ternura

Arturo Ruiz

Y, sin embargo, no quiero que conozcas
la tremenda llanura de las tardes
en el barrio de Abdul,

ni las aguas que huyen de las pequeñas tierras
que lleva en los bolsillos,
ni las calles que se le enredan torpes e incómodas
cuando por ellas cruza esquivando su sangre,
ni los ojos que se astillan
cuando los lame un niño desde el suelo,
ni las manos que se cierran
para tocar el grito,
lavarse con el asma.

No quiero que conozcas a su hermano insólito
que quedó el bidón soñando los misterios de su gente.

No podría creerlo, no sabría creerlo
pero le brotan ya los castigos en el sueño.

En cambio, tú sí sabes que no hay sol
para todos,
que apenas las últimas mañanas se despiden
y sin reconciliarnos
entonces lloras con lágrimas ajenas
privilegios que no te corresponden.

Su hermano no aprenderá a llorar y a él
le he visto almacenar aristas o venganzas
después de cada llanto derrochado, junto a la tierra
dentro de esos bolsillos por los que se deslizan
las primeras simientes del miedo.

Y aunque el miedo no es esto
no deberás llorar cuando te diga
estamos derrotados, derrotados y ciegos, estamos
dentro de la matanza, somos
los inductores del despliegue tajante.

Venderemos, amigo, tú ni flores
a su hermano, a sus hijos, a imposibles animales
que aquí están.

Animales, nosotros
a sus crías, las nuestras
comeremos.

II

Éramos ya bastantes y llegaron las bocas,
llegaron nuevamente las bocas
nos trajeron ligeros apéndices;
venían a callarnos y nos trajeron
la luz y su memoria, el hábito
a los labios,
no el beso:
las bocas no besaban entre gritos.

Éramos muchísimos, cientos, miles
aferrados a un ritmo
aprendiendo la exacta cavidad de los engaños
el artificio sobrio en la sonrisa;
bailamos, recordamos
un compás indeciso
sin dejarnos llevar
por esas cuevas limpias que nos acorralaban,
sin ignorar que el sí, la mordaza, el desgarró
nos acercaba el día y una anterior nostalgia:
otras capacidades.

Cómo nos resistimos,
cómo nos resistieron los instintos
que éramos tantos, tantos,
y entre ellos la calma
y entre todos un miedo.

Y cuando se rompieron las probabilidades
porque se iba alejando una certeza
abrazadas al rechazo
no lo entendía nadie: lo comprendimos todos.

Algunos agitaron las manos
que se usan en las despedidas
en las que se contiene la culpa o el alivio,
el odio, la caricia
el dudoso homenaje al infortunio.
Cuando éramos muchos, tantos y llegaron.

Entonces:

Había una esquinita en el cajón del mueble
que se orientó hacia el Sur
donde los viejos recopilaban sin descuido
las palabras más largas, las hojas tremendas.
Allí los menos viejos
llorábamos a la hora imprevista de la tristeza.
Acudieron también hasta el sótano
los que nunca nacieron
y alguna anciana inquieta les mostraba
las curvas imperiosas de la vida
para que nadie añorara jamás
regresos o premuras.

Porque éramos muchos,
estábamos solos
hambrientos, desarmados, perdidos
y alguien gritó que llegaban.

Ester Quirós

